

Ser negra o negro y no morir en el intento

Lucas Garve

Fundación por la Libertad de Expresión

La Habana, Cuba

El verdadero y más difícil desafío para cualquier mujer u hombre afrodescendiente cubano en el presente consiste en despojarse de los estereotipos impuestos por algo más de 400 años de inequidades raciales. En los últimos cincuenta y tres años, por cumplimiento de las políticas institucionales, muchas desacertadas, a la imagen del afrodescendiente se le asignó el flamante componente de “ser revolucionario” por obligación y necesidad. Un elemento que, por añadidura, solo contribuyó a complejizar la vida y las perspectivas de los afrodescendientes en las relaciones de igualdad real, porque exclusivamente nos hizo soportar una carga que no pedimos llevar en ninguna circunstancia.

Esto significó, en pocas palabras, que los afrodescendientes viéramos encadenados a nuestros destinos al carro de la Revolución. En consecuencia, como parte del proceso revolucionario, quedamos encerrados en un espacio de dependencia sin salida y al servicio de las contingencias políticas. De esta manera, transgredir los límites de los dictados de lo “políticamente correcto” equivale desde entonces que los afrodescendientes se convierten en más que un paria en su propia tierra. Si nos fue concedido el derecho de los espacios públicos por el poder revolucionario, según su

liderazgo, se nos invalidó a cambio el derecho a decidir por nosotros mismos nuestra posición como sujeto civil con respecto al sistema político impuesto por este liderazgo de hombres blancos heterosexuales masculinos —en su mayoría aplastante— e imbuidos de una concepción paternalista de la sociedad.

Al cabo de cuarenta años, como consecuencia de la más profunda crisis socio-económica y espiritual, la impostergable necesidad de introducir cambios abrió espacios en que la reevaluación de la imagen y presencia de los afrodescendientes fue más allá de la enumeración de lo poco ganado por las negras y los negros.

El proceso revolucionario tuvo como objetivo borrar la sociedad anterior y procedió a liquidar el legado de la memoria. Así, los afrodescendientes perdieron buena parte de la suya como grupo racial, atesorada en asociaciones y sociedades cívicas, fraternales, culturales y de recreo desde los últimos veinte años del siglo XIX. Hoy nos encontramos sin asidero histórico propio como grupo racial. La memoria se reduce a las luchas independentistas dirigidas por líderes blancos heterosexuales masculinos con el mismo concepto patriarcal de sociedad emanado de la dominación española.

Mujeres y hombres afrodescendientes incorporados al proceso revolucionario pagaron, con su derecho de visibilidad social y de individuos dueños de identidad más abarcadora, la posibilidad de ocupar un lugar en la nueva sociedad en formación. Así quedó relegada una vez más en la historia la peripecia de que los negros y negras asumieran su condición más auténtica y el imaginario acorde con su identidad propia dentro de la nación cubana.

Para las mujeres negras y mestizas, el camino de redefinición de su identidad de género y racial es más difícil, por los tradicionales convencionalismos sociales. Ser mujer negra o mestiza en Cuba equivale a cargar un peso más evidente que las mujeres blancas. Las negras y mestizas tienen que luchar contra siglos de imagen desvalorizada por su identificación con atributos físicos ligados más a consideraciones sensuales y sexuales, a costumbres domésticas y roles familiares. En *Mujeres en crisis* (2011), Helen Hernández Hormilla apunta: “La cultura patriarcal mantuvo sus bases en el interior de la sociedad, aquel referido a la vida cotidiana, las relaciones interpersonales y la economía de símbolos, pues si seguimos a Bourdieu, las estructuras del género van más allá de lo público para instalarse en la subjetividad y en el sistema semántico” (página 84). Y prosigue: «Las inequidades que se pretendía superar hicieron evidente su permanencia en el ámbito familiar, la pareja, los prejuicios homofóbicos y los grados de empoderamiento».

Súmese la situación de menoscabo de la memoria histórica de las mujeres afrodescendientes, desde el poder blanco heterosexual masculino, para obstaculizar su re-conocimiento en diferencia de género y pertenencia grupal de descendencia diferente, enarbolando el reclamo de una pretendida unidad nacional diseñada para perpetuar la dominación.

Peor aún es el daño causado por los prejuicios homofóbicos y el machismo todavía

reinantes, que enclaustra a las mujeres negras y mestizas en una clasificación aún más negativa que a sus congéneres blancas, vinculándolas exclusivamente como objeto de deseo al servicio sexual masculino y negándoles absolutamente cualquier otra variante de orientación sexual.

Los hombres negros y mestizos padecen de similar visión, ligada absolutamente a la potencia viril y el ejercicio físico, sin opciones de orientación sexual. En un negro o mestizo, la homosexualidad es peor vista que en un blanco.

Aunque las uniones interraciales se hayan incrementado entre cubanos, la imagen del hombre negro continúa complejizada por causa del machismo y el concepto patriarcal dominante entre prejuicios que se esconden en las esquinas más oscuras de muchos hogares. Para colmo, la crisis socioeconómica prolongada sitúa mayoritariamente a negros y mestizos entre los grupos sociales más desfavorecidos, la población carcelaria mayoritaria y el estudiantado universitario minoritario, así como en minoría con respecto a los puestos de trabajo mejor retribuido y a los cargos de dirección.

Esta situación ocasiona que diferentes tendencias para resolver el problema se restrinjan a ciertos grupos institucionales de estudio y análisis, otros independientes de resistencia cultural y social, y algunas voces con prestigio, pero todavía más centradas en favores fuera de la Isla, porque en su propia tierra se les invisibiliza.

Para no morir en el intento, los afrodescendientes cubanos estamos obligados a re-identificarnos como sujetos conscientes del imaginario heredado y recolocarnos dentro del relato histórico de nuestra nacionalidad. Así pueden re-trazarse las redes de confianza —porque la identidad nos ha sido sistemáticamente escamoteada— para vincularnos a nuestros antecesores inmediatos. Sólo con esa estrategia no moriremos en el intento de ser activos participantes en la reconstrucción nacional.